



Son tres árboles distintos

Tres árboles, sólo,
tres árboles,
tres religiones como tres culturas,
la Cristiana, la Judía y la Musulmana.
Son tres árboles distintos
que sus ramas se saludan
mitigando un gran dolor.
Mas sus raíces se ahondarán
y se abrazarán gozosas
sin odio y sin rencor.
Todo hizo posible la unión.
Esas ramas extendieron sus brazos,
el fruto será el amor.

- Amor de los pueblos que
quieren vivir en paz -
Raíces que sean amores,
raíces que sean cultura,
religión que sea paz y libertad.
Son tres árboles distintos,
sus raíces pronto se enlazarán.
¡Hay que bendecir la unión!
Qué cada pueblo llame a su Padre.
Seguro lo lograrán...

Manuel González Álvarez

Salvador Reyes y el Mar Chileno

Es un absurdo que Chile, país marítimo por excelencia, alfiere clavado entre la cordillera y el océano para impedir que el territorio se vuele y se disipe, haya vuelto las espaldas a esta exigencia geográfica, económica y espiritual. Estamos apenas comenzando a valorar las riquezas que nos rodean en el Pacífico pero aún nuestra literatura no da signos vigorosos de haber descubierto su destino, más acusado en esta materia que el de la propia Gran Bretaña, pero imperceptible en la emoción y en la obra de arte propias.

Salvador Reyes sintió y expresó la pasión del mar y lo escogió no sólo como tema de sus numerosos relatos y de sus poemas juveniles, sino que, además, cifró en él la suprema ambición de su vida, el amor más rotundo de su espíritu. «Uno nunca se evade de sí mismo ni siente la necesidad de hacerlo. Mientras más sueña uno, más prisionero es de sí propio». Así dice el escritor en el prólogo de su último, ameno y hermoso libro: «El continente de los hombres solos», que es un episodio de la Antártica chilena y la historia de su viaje a bordo de una nave de nuestra Armada hacia esas lejanas y misteriosas posesiones. Pero esta confesión de Salvador Reyes hay que asociarla con otra que encontramos varias páginas después. «También para mí la plenitud de la vida no podría tener jamás otro saber que el del agua salada ni otros rostros que los de los temporales, de las calmas, de las solitarias veladas en cubiertas,

contemplando las fantasías de la Luna entre las nubes y las olas. Toda esa fantasmagoría será para nosotros algo eternamente vivo, la esencia misma de nuestro ser y como la razón secreta de nuestra vida. Porque todo lo demás, ya sea con las mujeres, con los hijos, con los amigos. Sólo el mar nos pone frente a la profundidad de nuestro propio corazón y nos impulsa hacia los peligros, hacia las incertidumbres y las penas, sin ofrecer otra recompensa que el sentimiento de vivir, de poseer una pequeña flama de la gran hoguera de la vida que todo lo consume».

Sus novelas dejan la impresión de una serena melancolía, de la nostalgia refinada de quien espera una plenitud cabal y sólo va recibiendo avasas dádivas de la realidad. Sensible, libre, generoso, el povelista parecía a algunos un tanto huraño, esquivo. Un varonil pudor, hecho de fuerza de personalidad y de aristocrática distancia ante la mediocridad, lo recataba en las palabras y en los gestos. Allí, en esos momentos en que abría las puertas de su confidencia, se percibía al temperamento rico, contradictorio, con sus leves alas poéticas y sus esguinosos irónicos, burlescos, caricaturales.

Se percibe en su obra que la existencia le quedaba estrecha, que la Tierra le resultaba mezquina y evasiva. Por eso en sus páginas mejores está presente siempre ese mar protagonista, grande y oculto personaje contra cuyo fondo se deshacen las frivolas comedias, las farsas pequeñas de nuestra escena cotidiana. Las novelas y relatos de

Salvador Reyes sienten la aventura, buscan lo inesperado, anhelan el enfrentamiento del hombre con el cosmos, pero no de la manera ciega, animal, del que se disuelve en la naturaleza y se transforma en ente impersonal y sordo. Gastón Bachelard habría explicado el arte de este novelista como una aspiración hacia la liquidez, hacia la inmaterialidad, pero al mismo tiempo ligado al mundo, agitado por el oleaje que tan pronto deshace sus pliegues

llegar a otro y no detenerse jamás. Sus personajes del novelista son también, por eso mismo, impetuosos, algo brutales, ligeramente desencantados. La vida es para ellos un viaje, un crucero y la organización de modo que nada los retenga, que no haya raíces que los fijen en una porción determinada.

Sus crónicas del viaje a la Antártida, que mencionamos, abundan en apuntes de gran calidad, que acusan al periodista superior, capaz de narrar el acontecimiento, deslizar en él sus reacciones emotivas y tejer con ambos elementos una descripción en que realidad y fantasía, datos suministrados por las cosas y la geografía y emociones sobrepuestas a ellas, se enlazan con una íntima unidad en que se siente vivir el paisaje, y palpitar el corazón de quien lo observa.

Esa expedición, hecha en 1948, en que Salvador Reyes formó parte del grupo de marinos, militares, aviadores y algunos civiles -entre ellos el escritor, que iba con una comisión del Ministerio de Relaciones Exteriores, fue para él su más viva y personal novela. No la que se escribe imaginablemente sino la que se sufre, se padece, en el sentido natural de la palabra, porque se la apropia y se la experimenta.

Quería conocer la Antártida como hombre, como chileno, como artista. Quería verla, nos dice, «como el muchacho como a la ventana para ver los soldados que pasan con sus banderas y sus músicas... hay gente a la cual le gusta ver el mundo, cualquier mundo, aún el más inconfortable y dolorido... parece que yo pertenecía a esa gente...» Además viajaba para navegar, porque «na-

vegar es necesario; vivir no es necesario», según reza el tema de las repúblicas de la Hansa. Cobró admiración a los marinos y hombres de armas con quienes viajó, porque veían en ellos a la familiaridad enderezada, apuntalada por la disciplina. Esto imprime un perpetuo tono de cortesía que se extiende a todos, aún a los civiles que vamos a bordo y que facilita las relaciones, manteniéndolas dentro de ciertos moldes. Me parece un sistema de vida muy sabio. Si se encontrara la manera de aplicarlo como norma a todas las circunstancias de la vida social, seguramente haría más llevadera la convivencia entre los hombres. Estos tienden por lo general a la chabacanería, al chivateo. Algunos tirrones de rienda no vienen mal de cuando en cuando...»

Esta pasión marina de Salvador Reyes reunió alrededor suyo muchas cosas bellas, recuerdos y obras de arte buscadas y escogidas en sus viajes. Cuadros con motivos marítimos, una miniatura de Lord Cochrane, catalejos, instrumentos de navegación, reliquias heroicas, fueron enriqueciendo este museo que su dueño al morir dispuso que formara en Chile una colección destinada a la Armada Nacional. Los objetos están en Francia, esperando que se cumpla la voluntad del donante, a la cual sólo falta para materializarse que ellos sean expeditos a nuestro país cuando se decida su destino y se habilite el lugar en que serán ubicados.

Es la eterna pasión marina de Salvador Reyes, que le sobrevive y que, gracias a la vigilancia de su esposa, siempre encendida y recordándonos que ese océano que nos besa y nos vespula es una voz que nos invita a lanzarnos hacia el futuro para la gran aventura con que empezó nuestra historia.

Fernando Durán V.



sobre la arena como azotó enfurecido los hoscicos roqueros.

No hay en sus temas, cualesquiera que sean los conflictos, sino el mar y su avanzada: la bahía. Cantó por eso a Valparaíso con un cariño entrañable, y sus numerosas crónicas, recopiladas en varios volúmenes, describen todas las mudanzas, las sorpresas y caprichos de ese existir siempre aleatorio que es el de los puertos. Todo parece allí de paso, en tránsito irrefrenable, zarpando de un lugar para

AUTORÍA

Durán V., Fernando, 1908-1982

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Salvador Reyes y el mar chileno [artículo] Fernando Durán V.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile